

INCULTURACIÓN Y EVANGELIZACIÓN DE LAS CULTURAS EN EL CONTEXTO AFRICANO

Dominique Banlène Guigbile*

En todo encuentro del Evangelio con una cultura particular se produce siempre un doble fenómeno: el Evangelio se actualiza revistiéndose de los rasgos culturales del pueblo que lo acoge, mientras que la cultura en cuestión está llamada a convertirse y a dejarse purificar por la luz del Evangelio en lo que implica de incompatible con la fe cristiana.

Desde ese momento, la inculturación se presenta como una exigencia ligada a la misión evangelizadora. En efecto, donde quiera que el Evangelio se anuncie, se acoja y se viva, los destinatarios están llamados a integrar sus valores culturales y religiosos en la expresión, en la vida y celebración de su fe, por una parte, y, por otra, a trabajar en la conversión de contravalores presentes en su cultura.

El primer Sínodo Especial para África consideró este trabajo como “una urgencia pastoral del tercer milenio”, uno de los “mayores desafíos de la nueva evangelización (evangelización profunda)”.

* Sacerdote de la diócesis de Dapaong (Togo). Es doctor en etnología y diplomado en teología y pedagogía religiosa por la Universidad Mac Bloch de Estrasburgo. Es autor del libro *Vie, mort et ancestralité, les Moba du Nord Togo*, éditions L'Hamarttan, París, 2001. Párroco y profesor del Seminario Interdiocesano de Lomé (Togo). Ponencia presentada en la Asamblea General de Pastoral de la diócesis de Dapaong.

El tema de esta Asamblea General “**la inculturación y el sincretismo ante la Iglesia católica**”, nos invita a reflexionar sobre “la relación que los cristianos de nuestro medio mantienen con sus prácticas culturales y religiosas tradicionales”. Por tanto, la cuestión que se plantea es ésta: “**La inculturación y la evangelización de las culturas en el contexto africano**”.

Como podéis constatar, es un tema bastante vasto. Yo intentaré ir a lo esencial para daros, más que soluciones prefabricadas, algunos elementos y pistas que os permitan seguir reflexionando con vistas a una vida cristiana que integre lo mejor que hay en nuestras culturas y evangelice los contravalores que en ellas se encuentran.

Trataré el tema intentando responder a tres cuestiones que, contando con tiempo suficiente, tendríamos que trabajarlas interrelacionadas:

- I) ¿Qué es la cultura?
- II) ¿Qué se entiende por **inculturación**?
- III) ¿Qué **relación** mantiene la persona cristiana africana con su cultura ancestral? Y terminaría con una síntesis que deliberadamente titulo así: **Exigencias de la conversión** a Cristo.

I. LA CULTURA AFRICANA

1. ¿Qué es la cultura?

La cultura es una realidad difícil de definir. Hay tantas definiciones como especialistas. Pero casi todos la conciben como el conjunto de hechos y gestos de un grupo de seres humanos: es la manera de concebir, organizar y conducir su existencia cotidiana y milenaria.

Gracias a la cultura y por la cultura existe y subsiste el ser humano. Estos son los medios técnicos y místicos que aseguran vida y supervivencia a la persona y al grupo; el conjunto de elementos que caracterizan, constituyen y fundan la identidad de un pueblo en relación con los demás. En una palabra, es el modo de ser, de pensar y de actuar de un pueblo.

La cultura es todo lo que adquiere el ser humano (en oposición a la naturaleza = herencia).

2. ¿Hay una cultura o culturas africanas?

África es geográficamente múltiple: África blanca y África negra; África del Norte del Sahara y África del Sur del Sahara; África de habla francesa, de habla inglesa, de habla portuguesa, de habla española, etc. Muchas etnias y tribus comparten el mismo territorio estatal. En ningún país africano se encuentra una cultura verdaderamente homogénea. Las hay que desbordan ampliamente las fronteras definidas por los colonizadores. Se plantea, entonces, la cuestión de saber si hay una o muchas culturas africanas. Las dos hipótesis son sostenibles. Para algunos, "la unidad africana es ante todo cultural".

Pueblos aparentemente alejados tienen con frecuencia en común todo lo que da un sentido a la vida. Más allá de la diversidad física, lingüística, religiosa, el Continente africano posee un fondo cultural común que permite hablar de cultura africana en singular. Las variantes que pueden encontrarse en ella tienen su raíz en una base común.

3. Cultura y religión en África

Otra precisión útil es la estrecha relación existente entre cultura y religión en África. Observemos, de paso, que palabras depreciadas como "idolatría", "fetichismo", "animismo", "paganismo", "manismo", "ancestrismo", "dinamismo", empleadas antiguamente por los exploradores, antropólogos y misioneros son impropias para designar el conjunto de prácticas religiosas ancestrales africanas. Estos términos no son más que indicadores de uno u otro aspecto de una realidad compleja que ellos pretenden nombrar. Hoy, se ha convenido en hablar de religión(es) tradicional(es) africana(s).

¿Puede hablarse de religiones africanas en singular o plural? Como en el caso de la cultura, son posibles las dos formas según se quiera poner de relieve la especificidad de las prácticas religiosas de cada pueblo o lo que les es común.

En todos los casos, la RTA puede definirse como el "conjunto de creencias, concepciones, visiones fundamentales del Negro-africano relativas al mundo invisible (Dios, ancestros, genios, muerte, ultratumba...), al cosmos, al ser humano en su relación con el mundo invisible y ante la vida y la muerte" (*Bilolo Mubatinge, christianisme et identité africaine*, pp. 251-252).

En las sociedades tradicionales africanas, la religión abarca la totalidad de la vida. No hay separación entre la vida social y la religión, entre el espacio de los seres humanos y el espacio divino. Es difícil distinguir entre lo que perte-

nece a la religión y lo que pertenece a la cultura: el mismo término vernacular cubre los dos.

II. INCULTURACIÓN Y EVANGELIZACIÓN DE LAS CULTURAS

1. ¿Qué es la inculturación?

La palabra "inculturación" es relativamente reciente. En 1979, el Papa Juan Pablo II la empleó por primera vez de manera oficial¹. Pero su contenido real es tan antiguo como el mismo cristianismo. En efecto, "Desde el origen de la Iglesia, el anuncio de la Buena Nueva se ha adaptado a las diversas culturas, y el mismo Evangelio ha empezado a trabajar, desde dentro, las culturas de los pueblos y de los grupos humanos que lo han acogido.

La inculturación consiste en decir Dios, vivir y celebrar la fe en su lengua y en formas adaptadas a su cultura. Es "*la manera particular según la cual, en un pueblo, los hombres cultivan sus propias relaciones con la naturaleza, entre ellos mismos y con Dios*" (documentó del CELAM). Esto supone dos cosas: que la Iglesia tenga en cuenta los valores humanos, morales, culturales y religiosos del los nuevos cristianos y la evangelización de los contra-valores socioculturales.

De hecho, "la inculturación comprende, por una parte, una profunda transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y, por otra, el arraigo del cristianismo en las diversas culturas" (EIA n° 59).

Esto es lo que nos recordaba también el Papa Juan Pablo II, en su visita apostólica a Togo, el mes de agosto de 1985: "Cada país africano, después de haber recibido la fe de meritorios pioneros, venidos de fuera, debe vivir el Evangelio con su sensibilidad y sus cualidades propias; tiene que traducirlo no sólo en su lengua, sino también en sus costumbres y teniendo en cuenta valores humanos de su patrimonio" (*L'Osservatore Romano*, 33, agosto 1985).

2. Campos de la inculturación

La liturgia constituye el punto culminante de la inculturación, puesto que es el lugar por excelencia en que la comunidad cristiana se encuentra con Dios, celebra su fe y su vida. Pero, el campo de la inculturación desborda el marco de

¹ Cf. Exhortación Apostólica sobre la Catequesis.

la liturgia. Es un proyecto que toca todos los aspectos de la vida humana y cristiana. Cubre los campos teológico, catequético, jurídico, político, económico, familiar, etc.

De hecho, la finalidad de la inculturación es permitir al ser humano "acoger a Jesucristo en la totalidad de su ser personal, cultural, económico y político, con vistas a su plena y total unión con Dios" (EIA, n° 62).

3. Finalidad y método de la inculturación

Mal entendida, puede convertirse en una puerta abierta al neopaganismo, al sincretismo, al fenómeno de la doble práctica, que son de hecho signos del rechazo de una conversión sincera y verdadera.

La inculturación no es una vana exaltación de la cultura o para una afirmación identitaria excesiva. Contempla una mejor articulación del mensaje cristiano con la realidad de la experiencia humana en el contexto de una cultura determinada.

El proceso de inculturación supone el conocimiento de la cultura por medio de un estudio y un análisis riguroso de datos. La comunidad local ha de implicarse en todas las etapas de este camino.

Al término de este proceso pueden identificarse los valores susceptibles de ser asumidos por la fe cristiana y los contravalores que es necesario evangelizar. Estas diferentes etapas son necesarias si no se quiere caer en desviaciones perjudiciales para la fe y para la misión de la Iglesia.

"Antiguamente, los misioneros europeos cristianizaron África, hoy los africanos van a africanizar el cristianismo", decía el cardenal Malula. Este trabajo se llevará a cabo con método y discernimiento. No hay lugar a la improvisación en este campo. De lo contrario, se caería en lo que Pantaleón Noah califica de "bricolage pastoral", que es más dañino que benéfico.

III. LA FE CRISTIANA PUESTA A PRUEBA POR COSTUMBRES ANCESTRALES

En general, los africanos se han mostrado abiertos al mensaje evangélico. Esta apertura no significa, sin embargo, que la tarea haya sido fácil para los misioneros. Han encontrado y siguen encontrando serias dificultades para llevar a los nuevos cristianos a renunciar a ciertas prácticas y costumbres tradicionales

incompatibles con la fe en Jesucristo. Lo mismo constatamos hoy: el fenómeno de la doble práctica, el sincretismo, el abandono rápido de compromisos asumidos en el bautismo, vuelta a las prácticas tradicionales, etc.

Vamos a descubrir, en primer lugar, *los aspectos de la cultura* africana que chocan con el mensaje cristiano, y después *los momentos de la vida* en los que aparece este choque.

1. Lugares de conflictos

a) La noción de salud

Las religiones tradicionales africanas se fundan, generalmente, en el principio de la **eficacia inmediata**. Se busca en ellas el bienestar físico, psíquico, moral y espiritual, la felicidad en todas sus formas, y, en primer lugar, la felicidad terrena. Fundamentalmente, se busca en ellas el interés práctico del individuo y del grupo: la salud, la suerte, la paz, una mejor posición social, el éxito en los negocios, etc. Se trata de tener éxito, y de lograrlo en seguida, sin dilación, y, mucho menos, en una vida futura... Es la religión de lo inmediato, y no del crédito a largo plazo.

El africano cree en la existencia de una vida feliz después de la muerte, pero no se deja polarizar por ella, hasta el punto de relativizar la felicidad terrena. De ahí el sentimiento de inseguridad que experimenta al dejar totalmente sus creencias ancestrales por una religión que no parece responder de la misma manera a su búsqueda de felicidad.

En la religión tradicional "*nadie cree en la posibilidad de unas relaciones de gratuidad con el invisible; los dones aparentes no son más que préstamos disfrazados que se rigen por la regla del "do ut des" o "da ut dem"*" (P. Labourthe-Tolra, 1985, p. 377).

En este contexto, la acogida del cristianismo se ha operado frecuentemente sobre la base de un malentendido conceptual de la felicidad y más ampliamente de la salud. Al principio se ve en ellas un culto nuevo destinado a conseguir mejores condiciones de vida. Es después cuando se mide el abismo que separa las dos concepciones religiosas. Entonces, se observan tres actitudes posibles: hay quienes seguirán perseverando en su "nueva religión"; otros renunciarán a ella para volver a sus antiguas prácticas; y otros, que intentarán conciliar los dos polos opuestos.

Esta última actitud genera con frecuencia contradicciones cuyas consecuencias inmediatas son la angustia, suscitada y mantenida por el sentimiento de culpabilidad que se experimenta al transgredir las reglas de una religión para satis-

facen las exigencias de la otra, el malestar de sentir que están fallando por los dos lados. Esta es, infelizmente, la situación en que se encuentran muchas personas africanas que han abrazado la fe cristiana.

b) El matrimonio tradicional

La Iglesia ha enfrentado también muchas dificultades para introducir el matrimonio cristiano en lugar de los matrimonios tradicionales. Es un campo en que la concepción cristiana de las realidades está casi en los antípodas de la ~~visión africana.~~

Como es sabido, el matrimonio cristiano es una unión indisoluble, mediante libre consentimiento, entre un hombre y una mujer (monogamia) para la ayuda mutua y la procreación (finalidades). En la tradición africana, la esposa no siempre se casa con el hombre de su elección, y la finalidad primera del matrimonio no es la ayuda mutua, sino la procreación. Cuantos más hijos tengan, más se le valora. También la poligamia es vista como un excelente medio para alcanzar este objetivo, mientras que la esterilidad constituye la causa principal del divorcio.

En este contexto sociocultural es psicológicamente más fácil dejar los amuletos y sortijas de protección por la cruz y medallas a las que se atribuyen, a veces, los mismos poderes mágicos, que abandonar la poligamia por la monogamia, lo que, evidentemente, no dará los mismos resultados. Este es uno de los puntos de la doctrina católica en los que tropiezan muchos de los nuevos cristianos en nuestro medio.

c) Las creencias tradicionales

Los nuevos cristianos africanos experimentan igualmente muchas dificultades al abandonar sus creencias anteriores, sobre todo la **adivinación**, la **hechicería**, los **sacrificios** ofrecidos a los ancestros, los **ritos de protección**, que encabezan por tanto la lista de prácticas a las que los catecúmenos deben renunciar antes de recibir los sacramentos de la iniciación cristiana. No dudan en recurrir a ellas bajo pretexto de no encontrar en el cristianismo lo que puede reemplazar válidamente estas creencias tan profundamente asimiladas en su vida.

Hoy en día se asiste también a un recrudescimiento de todas estas creencias y prácticas sincretistas en lugar de las cristianas. De ahí la necesidad de reflexionar seriamente sobre este punto. ¿En qué ocasiones recobran rostro estas prácticas?

2. Ocasiones de reaparición

a) Los ritos sociales

En las sociedades tradicionales existen ritos cuya validez y eficacia requieren la participación de todos los miembros del grupo o de una persona precisa. "En efecto, en estas sociedades, cada uno es responsable del otro; lo que hace uno le concierne al otro. Lo que rechaza uno es también quehacer del otro. Un miembro de una familia puede exigir que otro miembro siga las prescripciones religiosas de la tradición, porque el rechazo a someterse a ellas sería peligroso para toda la comunidad" (Bede Ukwuije, p. 5).

Cuando se presenta el caso, los no-cristianos recurren a todos los medios de presión para llevar a los cristianos del grupo a plegarse a los ritos prescritos. Entonces, "*estos cristianos se encuentran en la encrucijada de dos serias obligaciones: tradicionales y cristianas. Aunque bautizados, no pueden abandonar sus obligaciones so pena de ostracismo, porque pondrían en peligro la vida de toda una familia e, incluso, la de la aldea entera*". (Bede Ukwuije, *ibid.*)

Ante una situación así, hay cristianos que resisten hasta el final, pero otros acaban cediendo por miedo a sentirse responsables de males que pueden sobrevenir al grupo, o porque ellos mismos creen firmemente en esos ritos. La participación del nuevo cristiano puede entonces revestir formas diversas, según la naturaleza del rito a realizar, pero también en función de su posición social en la Iglesia. Según el caso, la participación puede ser directa o indirecta (por poderes), pública o encubierta.

b) Las pruebas de salud

El fenómeno de la doble práctica aparece sobre todo en las pruebas de salud, de fracaso, de desgracia persistente. En un medio en que la medicina moderna está muy poco desarrollada, y el valor de los préstamos está muy por debajo de las posibilidades económicas de la población, ésta recurre naturalmente a los cuidados tradicionales en los que el efecto mágico de los ritos se mezcla con la virtud saludable de las plantas.

En el campo de esta medicina, el paciente se ve obligado, si quiere recuperar la salud, a someterse a todos los ritos, aunque sean incompatibles con la fe cristiana. Para solucionar este problema, la Iglesia anima a los cristianos a comprometerse en el ámbito de la farmacopea para curar únicamente con fitoterapia sin necesidad de recurrir a la consulta de adivinos ni a sacrificios de animales.

Se conocen (en este campo) éxitos, como el del jesuita Eric de Rosny, que se ha iniciado entre los curanderos de Douala, y otros: sacerdotes, incluso obispos, que asumen el rol de adivinos y contra-hechiceros de antaño, lo que deja de ser ortodoxo, cuando pagar al comercio reemplaza la gratuidad evangélica” (Philippe Labourthe-Tolra, 1996, pp. 37-38).

La revalorización del ministerio de curación por la oración, así como el redescubrimiento de la importancia del exorcismo y de otros sacramentales, son otros tantos medios que pueden contribuir a limitar el recurso de los cristianos a las prácticas ancestrales incompatibles con su fe, y ayudarles a romper lazos con las fuerzas ocultas. Pero todo esto hay que encajarlo bien y acompañarlo para evitar otros desaciertos.

c) La prueba del duelo

La prueba de la muerte es uno de los momentos en que los cristianos de nuestro medio vuelven más fácilmente a los ritos y prácticas tradicionales a los que habían renunciado en el bautismo. La evangelización de nuestro medio es relativamente reciente. Los adeptos de la religión tradicional, cristianos y musulmanes conviven, se sienten cercanos. Asimismo, cuando muere una persona, surgen inevitablemente conflictos con motivo de las exequias a celebrar. Cada miembro de la comunidad se siente obligado, según sus creencias, a honrar la memoria de un familiar difunto.

Normalmente, debe privilegiarse el ritual de la religión que practicaba la persona difunta. En él es donde se observan actitudes ambiguas entre algunos cristianos que, momentáneamente, ponen entre paréntesis su fe cristiana para tomar parte activa en todas las ceremonias. Hay quienes deciden participar únicamente en los ritos que creen compatibles con la fe cristiana. Pero, ¿están en condiciones de discernir? *Es el momento de recordar las normas de la diócesis a este respecto...*

d) La precariedad de la vida

La pobreza y la miseria son causas a tener en cuenta en el retorno de los cristianos a las creencias tradicionales. Al decir de Jean Delumeau “la paganización del cristianismo es difícilmente evitable en una civilización... que presenta por doquier...el miedo al hambre, la amenaza de los elementos, la inminencia de la enfermedad y de la muerte” (citado por R. Luneau, 2001, p. 38). “¿Es posible la religión en espíritu cuando no es seguro el pan diario y cuando el miedo es el compañero habitual del ser humano?”

“La inseguridad reinante en las sociedades africanas vuelve muy frágiles a hombres y mujeres. Y esto bloquea su discernimiento en las crisis. Buscan soluciones rápidas. La Iglesia les pide orar y tener confianza en Dios, lo que exige tiempo y un discernimiento más riguroso. En compensación, los adivinos y santones les proponen resultados inmediatos y objetos de protección contra toda clase de problemas, comprendidas las enfermedades incurables”. (Bede Ukwuije, 2001, p. 3).

Escuchando a cristianos que han abandonado el camino de la Iglesia para volver a la práctica de la religión africana tradicional, podemos darnos cuenta de que su conversión al cristianismo ha estado motivada sobre todo por el deseo de mejorar sus condiciones de vida terrena.

Conclusión

Desde el concilio Vaticano II, la herencia cultural y religiosa de los pueblos no se considera ya como una serie de supersticiones llamadas a desaparecer una vez que comience la evangelización, sino como *semina verbi* (“semillas del Verbo”) en las que hemos de apoyarnos para anunciar a Cristo Salvador.

Pero la conversión al cristianismo implica absolutamente la ruptura con algunas costumbres y tradiciones ancestrales y su transformación. Este es un trabajo de largo aliento que exige mucha prudencia y discernimiento entre la buena semilla y la mala hierba, los valores a tener en cuenta y los contravalores a evangelizar. Así, la inculturación en la Iglesia se nos presenta como una cantera siempre abierta... A la Iglesia le queda todavía por delante mucho tiempo en su misión de anunciar el Evangelio a todos los pueblos.

IV. LAS EXIGENCIAS DE LA CONVERSIÓN A CRISTO

Convertirse a Cristo es adhesión a su persona y a su mensaje de salvación. Es un camino que implica necesarias rupturas con creencias anteriores. Porque ninguna tradición religiosa o cultural, por noble que sea, puede ser asumida en su totalidad por la fe cristiana sin dejarse transformar, desde dentro, por la luz del Evangelio.

Nuestras costumbres y tradiciones necesitan ser evangelizadas. Tienen que dejarse interpelar desde sus imperfecciones. Y esta transformación ha sido exigencia incluso para el judaísmo, preparando así el terreno al cristianismo.

“La vida nueva que nos ha traído Cristo en la novedad radical del Evangelio implica rupturas con las costumbres de todos los pueblos de la tierra, porque el Evangelio no es jamás producto de la tierra, sino que nace siempre de lo alto” (EIA, n° 74).

Quien se convierte a Cristo no puede dar el mismo valor a su antigua tradición religiosa. En adelante, son ya valores evangélicos (fe, caridad y esperanza) los que deben orientar su vida.

La fe hace al cristiano extranjero en su propia cultura. En este sentido hay que entender las palabras del Señor: “El que prefiere a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas antes que a mí, no es digno de mí”. Es preciso saber dejar su cultura y costumbres para entrar en los pensamientos de Dios.

Un desarraigo así no puede aceptarse ni vivirse a no ser en la medida que el nuevo cristiano haga de verdad “la experiencia del encuentro con la persona viva de Jesucristo que invita a su seguimiento para vivir una aventura de fe” (EIA, n° 57).

La ruptura radical con las creencias tradicionales incompatibles con la fe cristiana es costosa para los nuevos cristianos. Pero merece la pena pagar este precio por la salvación que viene de Cristo. No hay salvación posible en una doble práctica. Nadie puede salvarse teniendo un pie en la religión tradicional y otro en la cristiana.

La advertencia del Señor a este respecto es muy clara: no se puede servir a dos señores al mismo tiempo. Quien practica dos religiones a la vez se verá constreñido a violar las reglas de una religión para satisfacer a la otra. Y no será fiel a ninguna.

El Apóstol Pablo nos habla de la conversión con un lenguaje de muerte: “como bautizados, estamos muertos al pecado. El hombre viejo ha sido crucificado con Cristo en la cruz. Somos seres nuevos. No somos ya esclavos del pecado, sino libres” (Rom 6).

En nuestro bautismo, hemos renunciado solemnemente a Satanás, a sus seducciones y a sus obras, a aspectos ocultos y negativos de nuestras costumbres como la adivinación, a los ritos de protección, a la brujería, a los sacrificios ofrecidos a los ancestros y a las divinidades. Y volver a ellos de una u otra manera es una falta grave al compromiso bautismal; es negar nuestra fe en Jesús, único Salvador.

Desgraciadamente, estas creencias ancestrales, como hemos visto, reaparecen entre los cristianos en momentos críticos de la vida: en la salud, en el duelo,

en el fracaso y el infortunio, etc. Olvidando el primero de los diez mandamientos de Dios y dejando de lado a Cristo, corren en pos de prácticas e ídolos que, como dice el salmo, no pueden salvar.

Si en situaciones como éstas no es capaz la persona cristiana de poner su confianza en el Señor, es cristiana solo de nombre. La afirmación: “Yo creo en Dios, Padre todopoderoso” es una fórmula hueca y vacía de sentido.

Llamar a Dios Padre nuestro es reconocer que de él nos viene el ser, la existencia y la vida. Es tomar conciencia de que nos ama y nos protege; que quiere nuestro bien, nuestra felicidad, nuestra salud, Y si añadimos que es “todopoderoso”, estamos confesando que nada hay para él imposible; que es más fuerte que nosotros, que es capaz de todo sin excepción; que no hay caso ni situación que le desborde; que nada escapa a su poder; que él triunfa por encima de todo.

Si por nuestra conversión nos sentimos protegidos por un Dios así ¿de qué tenemos miedo? ¿No tendríamos que hacer nuestra la certeza del salmista: “el Señor es mi Pastor, a quién temeré? Él es el escudo de mi vida ¿quién me hará temblar? O aquellas palabras de Pablo: “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Salimos victoriosos de todas las pruebas y fuerzas del mal, no por nosotros mismos, sino por la gracia de Cristo que nos ama y ha entregado su vida por nosotros.

La Biblia está llena de pasajes que nos garantizan que quien permanece en el Señor vence al mundo. Pero ¿leemos con frecuencia esta Palabra de Dios? ¿La creemos de veras? ¿O la leemos como si leyéramos una historia cualquiera o una fábula?

Muchos tropiezos en nuestra vida cristiana provienen de **nuestra falta de fe y de convicción**. Dudamos de la eficacia de la Palabra de Dios y de su poder para asegurar nuestra felicidad, nuestra protección y nuestra salvación. Esto es lo que motiva el retorno de muchos cristianos a sus creencias y prácticas tradicionales en las que, reconozcámoslo, no se sienten satisfechos.

Todo esto, desgraciadamente, da la razón a quienes estiman que en África hay **muchos bautizados, pero pocos convertidos**. Se acoge a Cristo como único Salvador, pero como un apéndice.

Se es **cristiano de día y animista de noche**. Los problemas se consultan con el sacerdote y con el adivino. Se piden misas después de ofrecer sacrificios a los ancestros. Se hace lo imposible para dar cristiana sepultura a un familiar y se organizan funerales tradicionales. Se confiesa el Amor Todopoderoso de Dios y se sigue viviendo en el **miedo y el temor** a los espíritus, a los brujos, como si

el poder de Dios no se extendiese a ellos. ¿Tiene cabida la salvación de esta manera? De ninguna manera. “Si no eres ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca” (Ap).

La persona bautizada debe escoger claramente su campo. Si estamos por y con Cristo, no hay por qué temer. Por él, con él y en él somos victoriosos del mal en todas sus formas. Pero no olvidemos nunca: esta victoria pasa necesariamente por la cruz. Porque no puede ser el discípulo mayor que su Maestro. Este es uno de los puntos esenciales en los que la fe cristiana diverge mucho de la Religión Tradicional. **La noción de la cruz** no cabe en la perspectiva de las religiones tradicionales africanas. Todos sus ritos están destinados a conjurar el calor, el dolor, el sufrimiento, el mal... inmediata e infaliblemente. De no ser así, se llega a la conclusión de la impotencia o a la inexistencia de las entidades a quienes se dirigen.

Como dice J. C. Froelisch (antiguo comandante del Círculo de Dapaong), ningún estrato social en África escapa a esta mentalidad tan difícil de cambiar. “Todos, dice, desde los más altos dignatarios del Estado hasta el más pobre campesino, incluidos los miembros de la enseñanza y del clero” la comparten.

En este campo, los responsables de comunidades tenemos un gran testimonio que dar: el testimonio de la fe en Jesús, Único Salvador de los seres humanos, que ha de traducirse no sólo en palabras, sino sobre todo en hechos y profundas convicciones, en todas las circunstancias de la vida, en la felicidad y en la prueba.

Somos capaces de dar este testimonio, no por nuestros méritos, sino por la gracia del que nos ha llamado a esta misión: Jesucristo, el Señor. Sin él y fuera de él nada podemos hacer. Es, por tanto, indispensable permanecer unidos a él por la meditación de la Palabra de Dios, la oración, la frecuencia de los sacramentos, especialmente los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía.

En su Encíclica sobre “**La Eucaristía en su relación con la Iglesia**”, el Papa Juan Pablo II recuerda la importancia capital de la Eucaristía y de la adoración al Santísimo sacramento en la vida cristiana: “En la Eucaristía, tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidamos la Eucaristía ¿cómo vamos a poder remediar nuestra indigencia? (nº 60).

“Es bueno hablar con el Señor y, recostados en su pecho como el discípulo amado, sentirse tocados por el amor infinito de su corazón... La Eucaristía es un tesoro inestimable: celebrarla, pero también permanecer en adoración ante él fuera de la Misa permite beber en la misma fuente de la gracia” (nº 25).

Sí, queridos hermanos y hermanas, no se puede renunciar por mucho tiempo a las antiguas creencias sin apoyarse en algo más grande, más fuerte y eficaz. Sólo la fidelidad a la persona y al mensaje de Cristo puede liberar de las angustias y temores que arrastran al sincretismo.

Nuestro escudo contra las fuerzas del mal es Jesucristo. A él le encontramos en la Palabra de Dios, en los sacramentos y en la oración. Infelizmente, hay cristianos e incluso religiosos(as) y sacerdotes que no creen ni en la necesidad ni en la eficacia de la oración. Se va a la oración comunitaria como para eludir un penoso deber, sin convicción alguna. Y lo que es peor todavía, fuera de las oraciones comunitarias, no se cuenta con tiempo para la oración personal. Así es como se es progresivamente vulnerable a los ataques del Maligno. Como la naturaleza tiene horror al vacío, las prácticas antiguas retoman rápidamente su lugar.

Necesitamos creer en la gracia de nuestro bautismo. Todas las palabras en él pronunciadas y todos los actos realizados en aquel momento, no son pura comedia. Son actos y palabras de fe, eficaces porque están impregnados de la fuerza y del poder mismo de Dios.

No dejemos sin efecto la gracia con la que Dios nos ha colmado. Pongámosla por obra para nuestra propia salvación y para la salvación de los hermanos y hermanas que el Señor nos ha confiado. El Espíritu que hemos recibido no es un espíritu de temor que nos hace esclavos, sino el Espíritu de libertad que quiere hacernos libres con la libertad de los hijos de Dios. Así pues, ánimo y confianza.

Traducido del francés por Teodoro Nieto